

qwertyuiop de d. saenz

• PEDRO MIGUEL FUENTES S. J.

LA obra está escrita y la Municipalidad ha prohibido su representación. Y las dos cosas están bien hechas. Sáenz hizo bien en escribirla; el Intendente (o quien sea) también hizo bien en prohibirla escenificada. Y no hay en ello contradicción; que por algo la Comuna debe velar por la moralidad pública (para eso le pagamos), pero también para eso está el buen escritor: para escribir. Sólo que Dalmiro Sáenz se entusiasmó y olvidó que ciertas situaciones que pueden ser descritas, chocan, sin ser puritanos, cuando son encarnadas en la realidad de la escena. Inexperiencia teatral o primitivismo salvaje de Dalmiro. No importa; lo importante es que aproveche la lección de estética que le dan quienes quizás la ignoran. (2)

Porque la realidad es que, fuera de esos momentos —que son epidérmicos a la obra, en lo que tienen de realismo excesivo— el drama de Sáenz se presenta como algo logrado; logrado técnicamente hablando y en su concepción temática.

Técnicamente Sáenz va por buen camino. Más: se corta mejor en teatro que en cuento. Y no es extraño. Cuando Dalmiro escribe narraciones su estilo se torna, por momentos, sobrecargado de paréntesis y digresiones. El diálogo le evita el escollo. El es impetuoso, torrencial; nada mejor que un duelo verbal para canalizarlo. Su natural agresividad se desfoga en el conflicto proyectado.

La pieza —de un solo acto— se mueve con agilidad cinematográfica. No solo es

cinematográfico el recurso de la iluminación, tan bien graduada, sino esa superposición de momentos temporales magníficamente lograda. Es cierto: Sáenz, en la primera parte de su obra, abusa del conflicto monologado. Es el precio de quien, por primera vez, da el salto de la narración al drama. En cambio, la segunda parte avanza y en un crescendo intenso, que por momentos llega a alturas de tragedia.

El drama comienza con un Autor que ofrece su libreto iniciado al Director. Pero el libreto es continuado en convergencia con la representación; sin ella no avanzaría. Y el desenlace sólo es posible

(1) DALMIRO SAENZ. Teatro. "Qwertyuiop". Goyanarte. Buenos Aires, 1961.

(2) Escritas estas líneas, la obra ha sido repuesta en el teatro Candilejas y es justo reconocer el sentido de equilibrio que tanto en Dalmiro Sáenz como en el director de la pieza, Jorge Arduino, ha primado. En la representación, Jorge Arduino merece todos los elogios por su acertada dirección. Era difícil lograr el sentido ajustado a la superposición de tiempos. A través de la sobria escenografía de María de la Concepción Ramírez y de la música original de Miguel Ángel Rondano, Arduino supo unir una perfecta distribución de las luces, que dieron al conjunto el efecto anclado. Marcela Aimard en su papel de "Ella", estuvo correcta, especialmente en la segunda parte (más ajustado a su carácter impetuoso). Miguel Padilla "Autor", fue quien más satisfizo y en su enloquecido monólogo final, fue la perfección misma. Horacio Ferrari, "Director", discreto como lo exigía su papel.

porque en la representación hubo un final: el suicidio del autor (evocación de un viejo cuento de Sáenz).

Sí, de acuerdo, también Bernard Shaw en su "Pígmalión" trató el problema del poder creador; del hombre que ansía reflejarse en su imagen y semejanza. El problema de la originalidad temática es un prurito más del snobismo contemporáneo. Para los antiguos no existió; más aún, podríamos estudiar literaturas enteras a partir de una temática: ni Sófocles existiría sin Esquilo, ni Eurípides sin Sófocles, como no podríamos gozar a Shakespeare sin los viejos cuentos irlandeses, ni la literatura Española hubiera llegado a nuestros días sin la pervivencia temática y de personajes (El Cid, don Juan, etc.). Lo importante no es la herencia temática sino la originalidad —personalidad— de quien aprovecha esa herencia y la incorpora al acervo de su vida. Corneille no es menos Corneille porque su Cid se haya inspirado en el español o su Polyeucte en el martirologio cristiano.

Para Sáenz, el artista es un ser que ansía proyectarse en su imagen y semejanza. Una imagen y semejanza plasmada por sus manos nerviosas. Ella se le ofrece como materia bruta; él —el autor— será quien metaforfoseará ese ser elemental. Pero lo trágico del hombre y, sobre todo, en aquello que tenemos de dios sin Dios, es que la obra carecerá de trascendencia y, en último término, no será sino un vivo reflejo de la propia egolatría. El hacedor, desaparecerá y el resultado no será sino una rueda más en el interminable engranaje de los creadores sin Creador. Solo Dios puede realmente crear porque dispone de la eternidad; el hombre se agita en el tiempo y el tiempo es la cosa más frágil, sobre la tierra: *"Tenés el tiempo que me comprás a mí, pero no tenés tiempo de comprarme más"*. Porque, en el fondo, solo vivimos el tiempo cuando estamos en su preesencia, pero ¿qué es el presente "sino la consecuencia del futuro ante la presencia del pasado?"

Crear así, en las estrecheces de lo limitado, es limitar la propia creación a las propias medidas de contingencia.

Ella. — *"¿Nunca pensaste que vos me has estado haciendo con el molde tuyo y que has terminado tu obra, que ya la "imagen y semejanza" es total?"*

Aquí radica el drama del creador humano. No basta que nuestra obra nos reproduzca, ni siquiera que sea ella la proyección de nuestros frustrados anhelos personales; la propia autobúsqueda, aunque sea en otro —tal vez, sobre todo, por eso mismo— arrastra consigo y siempre una tragedia en germen. El creador auténtico, el único, es Dios, porque sólo Él fecunda desde una plenitud sin egoísmos, desde la plenitud del amor. Y el amor crea para que el otro sea "él"; no busca autorrealizarse camuflándose en el "tú".

El hecho de que Dios no se desprenda de nada al crear no significa que Dios sea un creador despersonalizante. En realidad solo quien es capaz de dar sin disminuirse es capaz de crear auténticamente, porque entonces no hay interés de retribución sino únicamente entrega amorosa.

Si el "autor" hubiera aceptado el enriquecimiento que le aportaba la obra de sus manos hubiera saltado el cerco de su egoísmo; hubiera arribado a ese plano en que el amor y la creación humana se nutren de un sentido de participación. Es lo más a que puede aspirar el hombre concreador y no artífice absoluto: participar y compartir.

Todos ansiamos ser personas "y yo quiero ser yo", como diría la "Ella" de Sáenz. Sólo que si Dios no existiese esto no sería posible (contra lo que piensa la "Ella" de Sáenz). Únicamente quien existe sin necesitar de "otro" no es celoso de la autonomía de ese "otro".

Darse "el placer mayor que puede existir: el placer de la creación" es un lujo únicamente del amor. Sin amor la creación "no es más que el ensayo de una obra que jamás será representada" como diría Sáenz del sexo sin el amor. ♦